

MARRAMBLAS Y FARRAGUAS 2011

III Certamen de relato corto / I Certamen de escritura rápida
(Ayuntamiento de Navarrevisca)



Javier Díez Itziar Matamoros Marcos Hernández

Juan Antonio Martín María Burgos

Angelines Lozano María Victoria González Lara González

José Manuel de la Paz Jorge Herrera Víctor Lanchas Rafael León

Sergio González Raquel Martín Adrián Duque Sandra Yuste

Alicia Gallardo Paula Solís Víctor José Hernández

Sara Esteban Pablo Burgos Cristina Crespo

Patricia Martín Juan Ignacio Gallardo Begoña Burgos

1 euro

Un jurado compuesto por Jesús Burgos, M^a Dolores Gallego, Esther Martín, José Burgos y Fernando Sánchez decidió, tras varias deliberaciones el jueves 11 de agosto de 2011 que los autores ganadores del III Certamen de relato corto y I Certamen de escritura rápida “Marramblas y Farraguas” fueran los siguientes:

Relato corto

1º Premio: *Nadie*, de Javier Díez Carmona

2º Premio: *Estación de ferrocarriles*, de Itziar Matamoros García

3º Premio: *Diario de un visigodo*, de Marcos Hernández Hernández

Escritura rápida

1º Premio: *El riesgo de no arriesgar*, de Patricia Martín Rivas

2º Premio: *La caja*, de Juan Ignacio Gallardo

3º Premio: *Con sentido*, de Begoña Burgos Muñoz

Menciones especiales en categoría infantil

Raquel Martín Rivas

Alicia Gallardo

Paula Solís

ESCRITURA RÁPIDA

EL RIESGO DE NO ARRIESGAR

(1º PREMIO DE ESCRITURA RÁPIDA “MARRAMBLAS Y FARRAGUAS”)

LO que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Pero tal obviedad no existe para todos: por la cabeza de Gabriel no se paseó esta idea ni un solo instante de su existencia. Posiblemente, su nacimiento por cesárea fue el mayor riesgo al que se expuso; y todo por mera cabezonería: desde el mismo instante en que el óvulo y el espermatozoide que conformarían su concepción se unieran, Gabriel se aferró en la inamovible idea de no bajar nunca la guardia con el fin de no arriesgar ni a sol ni a sombra. Por supuesto, no quería abandonar la calidez y el sopor fetales, pero no tenía ni idea de que empecinándose en no salir del vientre materno arriesgaba su vida hasta límites insospechados. Y cuando la matrona tiró y tiró del niño que estaba a puntito de nacer y no consiguió sacarlo (Gabriel: agarrándose al nacimiento del cordón umbilical; arañando las paredes del útero), tuvieron que recurrir a realizar una vertiginosa cesárea que supuso una cicatriz monumental y una sudoración excesiva.

En fin, Gabriel aprendió a leer casi antes que a llorar para conseguir piedad y beneficio, con el único fin de adquirir todo tipo de conocimientos sin salir de su casa, de su nuevo útero (decorado con un gusto tremendamente visceral). Y así, en seguida estudió todos los tipos de enfermedades mentales conocidas hasta el momento (las físicas se tornaron mucho más difíciles de fingir) y se sumió en una agorafobia y una misantropía tales que sus padres se vieron obligados a convertirse en sus maestros y a disponer antes sus pies todo el entretenimiento unipersonal habido y por haber.

La felicidad alcanzada por Gabriel resultaba envidiable: se comparaba con los personajes que veía por televisión y sentía un alivio infinito por no soportar la crueldad de sus semejantes, por no helarse hasta las pestañas durante el gélido camino matinal hasta la escuela en invierno, por no tener que infectarse con los gérmenes que compartía felizmente la humanidad, por no verse obligado a aguantar situaciones sociales insostenibles.

Para colmo, la llegada de Internet lo encerró más en sí mismo: disponiendo del universo alargando ligeramente el brazo, para qué querría más. No concebía mayor placer que ver una buena película y sentirse infinitamente superior al resto de los mortales; desgraciados, pobres desgraciados. Con todo ello, la piedra angular de su felicidad radicaba en la férrea seguridad de que al mínimo riesgo, mayor longevidad (longevidad saludable).

Después del riesgo que condujo a su nacimiento por cesárea, exactamente veintinueve años después, se arriesgó por segunda vez en su vida: ducharse en lugar de lavarse por partes entre el bidé y el lavabo como acostumbraba. El gozo bajo la alcachofa evadió tanto su mente que, sumado en su inexperiencia, en una torpísima caída se partió la superioridad, la longevidad y el cuello.

LA CAJA

(2º PREMIO DE ESCRITURA RÁPIDA “MARRAMBLAS Y FARRAGUAS”)

LO que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Estuvo reflexionando intensamente, durante varios días, la conveniencia de aceptar ese encargo. Pasaba las horas dándole vueltas a ese asunto, analizando las ventajas y los riesgos. A veces lo veía nítidamente beneficioso y a ratos imaginaba cientos de consecuencias negativas. La duda le corroía. Era demasiado arriesgado. Pero si aceptaba y todo le salía bien dispondría de una cantidad indecente de dinero para escapar de su mísera vida.

Llovía con fuerza. Siempre llovía en aquel rincón olvidado cerca de Guayaquil. Llovía fuera, a lo largo de la inmensa llanura, y llovía dentro, a través de cientos de gotas que atravesaban el herrumbroso tejado y caían sobre una docena de cubos repartidos por toda la casa. El goteo incesante acabó por hacer rebosar un cubo. Es una señal, pensó. Es la gota que colma el vaso. Entonces levantó el teléfono. Marcó y al oír que descolgaban espetó: “Lo haré”. La decisión estaba tomada. La angustiada duda dio paso a una irreflexiva sensación de placidez.

Se encontró con su contacto en el andén central. La estación era una caótica coreografía de personas bulliciosas, trajinando de un lado para otro. Cogió con manos temblorosas la caja que le entregó aquel hombre. Por supuesto no se atrevió a preguntar lo que había dentro. “Tendrás el dinero cuando entregues la caja al otro lado de la frontera”. Y se dio la vuelta soltando una risotada monstruosa, que hizo chirriar todos los hierros de la vieja estación.

Durante todo el trayecto, el traqueteo del tren quedó camuflado por los angustiosos latidos de su corazón, que le golpeaba el pecho recordándole a cada acometida el problema en el que se podría estar metiendo. Piensa en el dinero, se decía a sí mismo para intentar calmarse. Piensa en el dinero.

El tren se detuvo en el paso fronterizo. En un lugar donde las vías abrían una perfecta cicatriz en medio de la selva. La tupida vegetación apenas permitía correr el aire. Por eso no puedo respirar bien, pensó. El calor era aplastante. Por eso sudo tanto, pensó.

Uno a uno, los pasajeros bajaron del tren y formaron una ordenada fila hacia la aduana, provistos de todos sus enseres.

Los guardias fronterizos estaban contundentemente armados. En la tensión de sus miradas se evidenciaba que la guerrilla había recrudecido últimamente sus ataques en la zona. La bandera ondeaba a media asta, recordando al comandante del puesto, que había muerto decapitado hacía tres días, víctima de un terrorífico ataque guerrillero.

Cuando le llegó el turno, se plantó ante el guardia de la aduana de forma sumisa. Llevaba ensayados todos sus movimientos, para que nada le delatase. Intentó controlar el temblor de piernas y el castaño de dientes.

Entregó la documentación. Sentado ante una cochambrosa mesa, el agente fronterizo apenas levantaba la vista mientras anotaba sus datos.

Cuando estampó el sello sobre su pasaporte a punto estuvo de desmayarse de alivio. Dio las gracias y se dio la vuelta para dejar paso al siguiente.

¡Un momento! El vozarrón le atravesó como un disparo por la espalda. ¿Qué llevas en la caja?

Balbuceó.

El guardia se levantó de su asiento y fue hacia él.

Estaba paralizado. Le entregó la caja de forma sumisa. Una mezcla de curiosidad y pánico le envolvió mientras el agente abría la caja.

Cuando la destapó y miró lo que había dentro, los ojos del guardia se transformaron en una espeluznante muestra de horror.

Se sintió aterrado.

El guardia le clavó durante un segundo la mirada, afilada de espanto. Después miró por la ventana, vio la bandera a media asta y vomitó de forma incontrolable.

En ese momento, él tuvo claro que en todos los cubos de su mísera casa empezaba a rebosar a la vez ese pestilente vómito.

Juan Ignacio Gallardo

CON SENTIDO

(3º PREMIO DE ESCRITURA RÁPIDA “MARRAMBLAS Y FARRAGUAS”)

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Dejar tu país atrás “navegando” en un cayuco embarazada de siete meses y con un bebé de apenas dos años, sabiendo que todos pueden perder la vida en el viaje. Decir a tu pareja que todo se ha acabado, que lo vuestro ya no funciona. Aceptar ese trabajo que, probablemente, suponga tener que romper con el amor de tu vida y el distanciamiento de tu familia por kilómetros y kilómetros de océano.

Y lo pensé. Hace seis meses. Ayer, antes de ayer. Y lo pienso. Hoy, mañana... El lunes es el gran día. Doy vueltas a la cabeza. Mañana, tarde y noche. Medito. Reflexiono. La decisión está tomada. Tengo que hacerlo. No hay más. Sí, lo haré, pero... No, no puedo hacerlo. Claro que, quizás... Basta ya. Ellos me necesitan. Ahora dependen de mí. Son mi responsabilidad. Pero, ¿seré capaz? Mi cuerpo tiembla sólo de pensarlo. Hasta el viernes mi vida era perfecta. Lo tenía todo. Familia, amigos y a ELLA. Cierro los ojos y puedo sentir el tacto de sus manos acariciando mi cuerpo, palmo a palmo. Sus dedos masajeando mi espalda, subiendo desde mi estómago hacia mi cuello, volviendo a bajar. Y su olor. Puedo sentir el aroma de su cabello recién lavado, el aroma de su piel, ese aroma tan, tan afrutado y que tanto me gusta.

Y recuerdo su mirada, tan cálida, tan llena de amor. Y oigo sus pasos, cortos y repicando con los tacones sobre las baldosas del piso, y su sabor, cuando sus labios se posaban sobre los míos y me decían que no me querían.

Y recuerdo nuestra despedida. Nuestro paseo. Sentados a la sombra de la higuera del parque. Mi cabeza recostada sobre sus generosos pechos, mientras que ella acariciaba mi pelo, masajeaba mis sienes, haciendo que todos y cada uno de mis músculos se relajaran. Fue entonces cuando cogiendo mi cara con las dos manos me miró a los ojos y me dijo: “¡Te quiero! Sé que serás el mejor perro guía del mundo. No tengas miedo. TE querrán”.

Sí. Lo haré. Seré un buen perro guía. Porque ELLA me enseñó a amar.

Begoña Burgos Muñoz

LA REUNIÓN

-Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas- dijo Bruno enseñando su pierna amputada -. Yo iba una noche por la carretera 27, la famosa carretera de la muerte, y de repente al llegar a una curva veo una lucecita roja y dos blancas envueltas en una neblina. Me despisté y acabé estrellándome.

- ¿Y tú, Paula? Cuéntanos –dijo la psicóloga.

- Yo estaba subiendo por una fachada, iba a robar en el tercero y cuando ya llegaba algo me golpeó la cabeza.

- Yo estaba en una plaza y al entrar a matar me arrimé demasiado y un toro de nombre Tropezón me engancho y me volteó varias veces –dijo Manuel.

- Yo estaba tranquilamente fumando un cigarrillo a la puerta de casa y me quedé embobada mirando una luz que se acercaba y..no recuerdo más –comentó Victoria.

- Estaba yo con mi vecina Pepita en su dormitorio y llega su marido, deprisa salgo a la terraza para intentar pasar por ella a mi casa. Resbalo y caigo –confesó Julián.

- Veo que habéis vivido vuestras vidas al límite, pero, ¿tenéis claro qué hacer en la muerte? –preguntó la psicóloga a sus vecinos del cementerio.

Rafael León del Río

YO, COBARDE

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Es difícil, no sé si hacerlo. Cantidad de pensamientos se entrecruzan en mi cabeza mientras la miro desde el extremo opuesto de la mesa.

Podría describirla, pero para mí con solo una palabra basta: “musa”. Ella es mi musa, por la que tantas noches he permanecido en vela tendido sobre mi cama, la que ha inspirado tantos poemas en momentos de soledad, poemas que escondo en el fondo de mi cajón, un lugar oscuro y frío donde muere mi corazón.

Me ha mirado y las piernas me empiezan a temblar. Un ligero cosquilleo recorre mi cuello hasta llegar donde acaba mi espalda. NO sé dónde mirar y agacho la cabeza buscando en el suelo el poco orgullo que me podía quedar, sintiéndome cobarde e incapaz de demostrarte lo que siento.

¡Pero no puedo más, hoy es el día! Me levanto y me dirijo a ti con paso firme y decidido. Una sensación de euforia me oprime el pecho y me corta la respiración. Se me hace largo pero ya casi he llegado. Ya estoy aquí. Nuestras miradas se cruzan. Pero mis piernas no paran y pasan de largo alejándome un día más de ella, condenándome a otra noche más en vela.

Adrián Duque Pons

LA VÍA DE ESCAPAR

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Después de darle muchas vueltas a la cabeza y de barajar todas las posibilidades, ella ya lo había decidido, me iba a ayudar a salir de aquí.

Se llamaba María, tiene 35 años y se encargaba de repartirnos las novelas en la cárcel. Era delgada, de cara afilada y su tono de piel blanco como el lavabo de la celda. No tenía familia, o eso me contaba, y, por qué no decirlo, estaba coladita por mí.

El plan estaba trazado desde hace tiempo. María me iba a esconder en el carrito de los libros. Atravesaríamos los controles de varias formas. Algunos eran fáciles, ya que aquí había gente que me debía favores; otros, sin embargo, nos iban a costar más, pero María estaba dispuesta a ayudarme aunque le resultase desagradable.

El día llegó y todo estaba a punto. Todo salió de maravilla. No me lo creía, estábamos en el descampado que rodeaba la cárcel.

- Estoy fuera –susurré.
- ¡Sí! Al fin algo sale bien.

María brincó a mis brazos y me dio un beso en los morros. No me lo esperaba.

No podíamos detenernos ya que no tardarían mucho en darse cuenta de que faltaba un preso. Salimos corriendo y cuando nos empezamos a adentrar en la ciudad oímos las alarmas de la cárcel. Decidimos escondernos en el alcantarillado. Parecía más seguro. María tenía un pequeño apartamento que heredó de sus padres al morir en un accidente de tráfico, pero no podíamos ir allí ya que se lo pondríamos en bandeja a la policía. Ahora no sólo nos perseguían ellos, sino también los amiguitos de algunos matones con quien debí cerrar algunos asuntos pendientes antes de escapar.

Los callejones no eran muy seguros, y el aire que respirábamos estaba contaminado y sucio, pero para mí era la gloria. Paramos entre dos cubos de basura a comer algo que pudimos pillar. De repente, algunos coches-patrulla empezaron a rodear las calles. Al percatarnos de la situación salimos corriendo por donde pudimos y ellos detrás de nosotros. Yo corría mientras agarraba de la mano a María, y podía ver cómo se agotaba poco a poco. Estaban a escasos metros de nosotros cuando oímos un disparo. Pero venía de otro lado, eran los colegas de Basile, suerte que no nos alcanzó. A pesar del peligro al que estábamos expuestos, el disparo desorientó a los policías que ya no sabían a quién perseguían. Esto nos permitió escondernos en una callejuela donde desembocaba la puerta trasera de un club.

- Parece que los hemos despistado –dijo María con una sonrisa en la cara mientras jadeaba.
- Sí, ahora debemos descansar. Mañana podríamos ir hacia el boque, cerca de las vías. Allí podremos tomar un tren a otra ciudad.

María asintió y emprendimos la marcha a un callejón donde poder echar una cabezadita. Antes de que amaneciera, estábamos de camino al bosque. Parecía todo muy tranquilo, ya nos quedaba poco para llegar. Después de andar media hora más, a lo lejos vislumbramos las vías del tren. Empezamos a correr, estábamos ansiosos. Al llegar, al otro lado de las vías estaba Miranda, mi mujer. De la mano, Marcos y Matilde, mi hijos. Ahora sí que podía sonreír. A lo lejos escuché una sirena. Era la policía, nos habían encontrado. María me miró, pude notar la rabia en su cara. Estaba enfadada, normal. “Pongan las manos en alto y manténganse quietos”, gritó el agente. Eso me destrozó. Miranda empezó a llorar mientras abrazaba a los niños. A lo lejos el tren se acercaba y al llegar, María, ignorando las órdenes del agente, saltó al vacío.

Pablo Burgos Martín

LAS ETAPAS DEL RIESGO

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Como filósofo patillero del siglo XXI que me considero, he analizado tres etapas claves en la hora de tomar decisiones. Estas etapas son la edad infantil, juvenil y la trabajadora.

Durante nuestra vida siempre tenemos que tomar decisiones, por ejemplo cuando tienes cinco años tus padres te preguntan: “Niño, ¿qué quieres, la cartera rosa o la amarilla?” Efectivamente, tú responderás que quieres la cartera amarilla porque claro, si eliges la rosa tienes el riesgo de que en el cole desconfíen de tu condición sexual pero a cambio tendrás una gran personalidad independiente y libre de cualquier influencia.

Pasados unos años, la segunda gran decisión llega en la edad juvenil, entre los dieciséis y veinte años. En esta época tienes que decidir qué chica eliges como novia. La chica rubia o la morena (siempre contando que las dos son amigas). El problema es que no puedes elegir a las dos porque nuestra forma cultural nos lo impide, ya que se dice que un chico sólo puede tener una chica. Por eso en ocasiones pienso en hacer masón. A la hora de escoger el inconveniente que tendrás es que seguramente la dos chicas dejarán de ser amigas, pero quizás tú serás feliz porque tendrás novia y podrías vacilar a tus amigos de las pedazo mujeres que tienes y a lo mejor te llegarás a casar (es decir, que la cagarás) y podrás ser feliz y comer perdices (eso si duras).

Llegada la edad de veinticinco-treinta años, llegarás a la edad del trabajo. En esta edad tu decisión puede ser importante en el aspecto económico. Seguramente, cuando acabes la carrera te podrán ofrecer trabajo en Wellington (Nueva Zelanda). Claro que, seguramente, tendrás dudas de irte porque tienes la familia, los amigos, la novia, el perro, el conejo, etc, y seguramente no los verás en muchos años porque como se dice por ahí la Calle Nueva Zelanda está más lejos que la luna. En cambio si te vas puedes empezar una nueva vida y empaparte de una nueva cultura y a lo mejor puedes tener un canguro como mascota.

Por eso yo, como filósofo patillero que me creo te recomiendo que te vayas a Nueva Zelanda hasta ser asquerosamente rico, espera a que el Euro pierda valor respecto al kiwi y entonces, vuelve a España, donde serás el amo máximo.

Como conclusión, claramente, en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas y sobre todo hacer lo que queramos en cada momento para luchar por nuestros sueños. De ese modo, podremos tener algún día un canguro como mascota.

Victor José Hernández Hernández

UNA EXPERIENCIA INOLVIDABLE

“Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas”. Yo he vivido muchas experiencias sobre ello. Hay veces en las que se presentan en situaciones de tensión, de vida o muerte, y otras incluso cuando decidimos “arriesgar” la vida por alguien. Esto último se hace, se puede decir, por bondad. Yo soy una buena persona y aunque a mi anciana edad lo sigo siendo os voy a contar una experiencia vivida en mis mejores años.

El frío invierno del año 1968 inundaba la penumbra las calles de Madrid. Yo tenía veinticinco años, nada más y nada menos. Ese verano había conocido a la chica más guapa que había conocido jamás. Se llamaba Elena. Compartíamos casi los mismos gustos y las mismas aficiones y nos llevábamos tan bien que decidimos alquilar un piso en el centro de Madrid para vivir durante un largo tiempo. Ese mismo invierno nos disponíamos a pasar las Navidades en Torre vieja y habíamos salido por la Plaza Mayor a comprar recuerdos para nuestros familiares que vivían allí. La niebla y el frío cubría el ambiente cuando tuvimos que parar porque a Elena se le había caído su cartera en un agujero que sobresalía en la calle. En eso llegó un hombre con una bufanda que le tapaba media cara y un abrigo largo de cuero que se ofreció para ayudarla. Pasó todo muy rápido, ya que a mí no me dio tiempo de decir “NO se preocupe, ya me encargo yo”. El hombre cogió la cartera, pero no se la devolvió en ese instante porque antes pidió a Elena que tras haber hecho esa, según él, hazaña, se fuera con él asegurándole que nunca le faltaría de nada. No sé si eso lo dijo por la belleza de mi novia o para dejarme mal, pero estaba seguro de que ese hombre no decía la verdad. Elena, por supuesto, se negó. Entonces el hombre sacó una navaja y la amenazó de muerte ante mi presencia.

- ¡Eh! ¡Tú! –le dije, a pesar del miedo que me daba la navaja. – Déjala en paz.
- ¿Y tú quién eres para defenderla? – se rió el hombre.

No iba a dejar que mi novia muriese ante mí, así que decidí darle un puñetazo en la cara, pero éste se levantó y me rajó por el pecho. Mi chica salió a mi encuentro pensando que estaba moribundo. La herida fue grave, pero salvé a Elena y en cuanto a ese hombre, bueno, lo apresó la policía y desapareció de nuestras vidas.

Después de lo sucedido nos casamos en Torre vieja y aquí estamos, recordando esos viejos y asombrosos tiempos.

Jorge Herrera Infante

EL PANTEÓN DE MIGUEL

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. No es cuestión de que se quiera hacer o no, sino de que si se necesita hacer se hace, y sin protestar.

Esto fue lo que le pasó a un compañero mío del colegio llamado Raúl.

A él se le murió el padre cuando tenía ocho años y decidió tirarlo todo por la borda. Sus compañeros le apoyaban y le decían que siguiese adelante, pero él ignoraba a quien le hablaba del tema.

Es evidente que él intentaba encontrar una forma de sentirse mejor y entonces se le ocurrió una idea: prometió que iba a construir un panteón para que enterrasen allí a su padre, quien por cierto no era una persona cualquiera, sino el mismísimo Miguel de Cervantes. En ese panteón también enterraron después a otros muchos escritores aparte de él. Entonces, como él bien prometió, comenzó a construir el panteón. Luchó mucho para conseguir terminar ese trabajo, pero él no estaba solo, sino que le ayudó uno de sus mejores amigos de la infancia llamado Fernando, cuyo padre también había muerto.

Ellos dos trabajan día y noche sin parar.

Cuando sólo quedaba el tejado por construir, Raúl sufrió un grave accidente que le provocó la muerte. Y entonces Fernando (con mucho gusto) siguió construyendo el final de la obra.

Cuando acabó, se sintió orgulloso de haber hecho por un amigo lo que hizo.

Raquel Martín Rivas

¿UNA REACCIÓN ESPERADA?

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Por eso hoy he pasado toda la noche cocinando, he preparado un lujoso desayuno, tostadas, churros, mermeladas, tortitas, cafés, zumos, chocolates, incluso un pequeño detalle: una carta escrita para alguien muy especial.

He salido a la plaza, todavía no había amanecido. Justo en el epicentro de la misma lo he colocado sobre un mantel de cuadros rojo y blanco y me he escondido en el callejón para observar quién era el afortunado en disfrutar de aquellos manjares.

Muchos, la mayoría curiosos que pasaban, miraban y contemplaban admirados a qué se debía aquel despliegue. SE hacían preguntas unos a otros, casi todas sin respuesta, otros muchos decían: “me encantaría tomar un poco de café, desearía coger una tostada, me tomaría un churro...”. En todas aquellas expresiones había notas de deseo, pero...

Ya no aguanté más, salí del callejón, me dirigí hacia la muchedumbre. Cogí una tostada y un zumo de naranja. Abría la carta, en la que nadie había reparado y la leí en voz alta: “ESTÁ CLARO QUE EN LA VIDA HAY QUE TOMAR DECISIONES ARRIESGADAS”.

Sandra Yuste Gómez

¡AL RICO MELOCOTÓN!

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas.

Por eso decidí comerme el melocotón. ¡Venga! ¡Hala! Del tirón, sin pensar, con la alergia que siempre había tenido a esa horrible piel peluda.

Y, oye, que me fue bien, ni dolor de tripa, ni reacciones alérgicas, ni nada. Ya me tienen dicho mis amigos: “eres un loco”. Y sí, lo soy. Para qué negarlo.

La cena había sido espectacular, aunque sinceramente prefería la comida de mi madre. Claro que después del viaje cualquier cosa era buena. Y fuimos justo ahora, a celebrar que me habían echado del curro. ¡Ole, ole y ole! Pero bueno, que nadie me quitaba mis vacaciones.

¡Qué playa! ¡Qué acantilado! ¡Qué fiestas!

Nada más llegar nos fuimos a tomar algo con los colegas, que si tinto por aquí, cervecita por allá...Pensándolo bien, ¡qué vida más triste! Tanto trabajar para que el viaje haya sido pagado por el grandísimo Ministerio de Educación. ¡Qué beca!

Lo mejor de todo es que acabábamos de ganar el campeonato de fútbol y nos fuimos a celebrarlo por la noche.

Llegamos a la discoteca, donde nos habían comentado que había fiesta, y lo mejor: iba a ir Lucía, esa chica que me gustaba tanto desde pequeño.

Como no nos dejaron entrar en la disco, fuimos al césped con un par de litronas y aparecieron mis colegas con Lucía.

Cuando la gente empezó a animarse, misterios de la vida, me quedé a solas con Lucía.

Aparecieron unos chavales, conocidos de toda la vida, a pedirnos tabaco, pero yo estaba demasiado ensimismado. De repente apareció el Ricky, se giró y le dio una hostia en la cabeza a Lucía con el casco de la moto.

Yo me metí en medio.

Noté que me dolía la tripa y pensé: “Mierda de melocotón”. Empecé a notar la sangre a borbotones saliendo de mi cuello. La miré, me sonrió.

Cerró los ojos y descansé.

Cristina Crespo Martín

CUMPLE EN EL HOSPITAL

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Era el cumpleaños de Pablo e invitó a todos sus amigos. Luis le regaló una invitación para montar en parapente. Pablo dijo que le daba mucho miedo pero Luis le tranquilizó y le dijo que no pasaba nada. “El domingo nos vamos”.

Llegó el domingo. Luis fue a recoger a Pablo. Al ir a montar en parapente Luis le recordó a su amigo: “Recuerda, yo estoy contigo y no voy a dejar que te pase nada”. Pablo se tiró y el parapente se estropeó en el acto. Pablo se cayó de golpe, llamaron a una ambulancia rápidamente. En el hospital Pablo dijo que no sentía las piernas. El doctor le dijo que se había quedado parapléjico, a lo que Luis respondió: “Yo le pago la operación. ¿Cuánto es?”. La operación costaba un millón de euros, Luis pagó y llorando de pena añadió: “Ha llegado mi hora”. Pablo preguntó: “¿Por qué?”, a lo que su amigo respondió:

- No siento los latidos de mi corazón.

Al llegar a casa Pablo recordó que le Luis le había dicho que quería ser enterrado en su pueblo. Llamó a la familia de éste y se lo dijo. Entonces se fueron rumbo al pueblo, se celebró el entierro y, aunque Pablo sintió mucha pena, pensó:

- Todo llega a su fin, pero tengo que ser positivo.

Alicia Gallardo Rojo

AMIGOS PARA SIEMPRE

Lo que está claro es que la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Por eso a Carolina le costó decidirse entre perder al chico que le gustaba, que era muy chulo, o perder a sus dos mejores amigos.

Un día Jack, el chico que le gustaba a Carol, se le acercó y le dijo que si quería salir con ella y ser novios. Ella contestó que sí quería, lo que pasaba era que Carol no sabía que su mejor amigo, Justin, estaba por ella.

Carol se lo contó a sus amigos, pero ellos no parecieron muy contentos con la nueva noticia. Al cabo de unos días Carol se dio cuenta de que Jack tramaba algo contra sus amigos. Ella decidió espiar y escuchó que habían hecho una apuesta para ver cuánto duraban juntos.

Carol se enfadó muchísimo porque la había utilizado, y también a sus exnovias. Entonces se le ocurrió una idea, pero para eso necesitaba a sus amigos y se lo contó a los dos. Al día siguiente Carol quedó con Jack en la estación de tren y le dijo que iban a dar una vuelta en tren y que ella llegaría un poco más tarde, pero en realidad ella no iba a ir.

Ana llamó al periódico del colegio y Justin se encargó de llamar a las exnovias de Jack.

Bueno, y ya sabéis que pasó: Jack acabó colgado en calzones en la estatua de la mascota del cole y encima le tocó ir un mes vestido de chica. Y Carol y Justin empezaron a salir, y Ana consiguió ser la líder de las animadoras.

Paula Solís Burgos

NO HACE FALTA QUE ME DEIS LAS GRACIAS

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas si queremos que realmente algo cambie. Por eso tengo que agradecer a un grupo de personas anónimas, por lo menos para mí, por el movimiento 15M. Se lo agradezco porque me han dado, sin saberlo, el impulso que necesitaba para llevar a cabo un plan que ya tenía planeado hace algún tiempo. No encontraba el momento ni la forma y “por su culpa” el momento ha llegado. La forma la acabo de encontrar, por lo que no puedo dejar de agradecer la oportunidad a los organizadores del concurso.

Al grano. Debido al malestar social y a mi desencanto personal con los individuos que hasta día de hoy me han representado políticamente, he decidido dar un golpe de estado. No, no estoy loco, tampoco es ninguna broma. Nadie mejor que yo puede representarme. Sé que un golpe de Estado no es la forma correcta, pero no he encontrado otra forma pacífica mejor.

También tengo que decir que no necesito tomar el poder ya: puede ser algo progresivo, ya que me gustaría terminar mis vacaciones veraniegas antes de enrolarme en tan difícil tarea.

Las instrucciones a seguir serán las siguientes: el jurado del concurso me nombrará ganador del mismo para que tenga la máxima repercusión posible. Algún medio local se hará eco de la noticia y de ahí se extenderá por radio, televisión y prensa escrita a todo el país. El uno de octubre será el nombramiento, por si alguien pregunta.

En los próximos días tendréis más noticias, ahora no puedo extenderme mucho más, que a nadie se le olvide que esto es un concurso literario ante todo, y tiene unas normas, máximo dos páginas. Intentaré buscar para el futuro nuevas formas de comunicación que me permitan poder explicar todo esto que ahora os parece surrealista.

Creo que aunque algo confuso, mi comunicado cumplirá el cometido para el que ha sido escrito; tranquilizaros a todos ya que pronto estaré con vosotros, y dar un margen a los políticos actuales para que vayan buscando otra fuente de ingresos a partir del próximo día 1 de octubre.

Juan Antonio Martín Martín

LA VIOLENCIA NO ES SÓLO FRUTO DE LOS VIDEOJUEGOS

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Mas esto interesante me resulta.

El decidir produce miedo, cierto es. Aun así, debería ser deseado por cualquier. Nos suelen sugerir que imaginemos una vida en la que prohibida estuviese cualquier cosa que acostumbramos a hacer sin más. Decidir: ¿Qué es sino un derecho?, ¿una forma de libertad anhelada por muchas otras culturas?

Por ello, un día decidí relajarme y pensar en lo “maravilloso” que es vivir. Con la libertad que la propia pasma nos otorga. ¿Y no es verdad que todos somos personas y que así todos deberíamos tener el derecho de decidir sobre nosotros mismos?

Es realmente satisfactorio tomar una decisión acertada. Sin embargo, no siempre es así y la frustración nos acecha cuando erramos. Errar da miedo, ¿verdad? Por eso dejamos de disfrutar tomando decisiones. El miedo es libre pero conviene aparcarlo a lo largo del camino y así ser capaces de ser arriesgados tomando decisiones. Es así como quiero que continuéis leyendo esto que aquí os escribo: sin miedo.

Tengo veintidós años y durante los últimos diecisiete me han convencido a través de muchos medios de que la vida que vivimos no es única, ni es lo último que nos queda. Que hay algo mejor. Algo donde el dolor no existe. No existe la pobreza. No existe la violencia.

Y yo me he planteado: ¿qué mejor que acabar con el dolor, la pobreza, la violencia?

Todos creen saber de la existencia de otra vida, mas ninguno arriesga a intentar alcanzarla.

Sólo quiero ayudar al prójimo, sólo quiero acabar con lo mejorable para coronar la cima de lo inmejorable.

Os dejo a vosotros, mi infancia, mi mayor herencia: la capacidad de poder decidir si queréis seguirme o no.

Cuando leáis esto, no os lamentéis, non entristezcáis, seré feliz y viviré en esa utopía que todo ser humano anhela pero por la que nadie arriesga.

No me voy sólo en mi viaje, llevo conmigo a mucha gente que se merece vivir esta aventura. El mundo entero vivirá aterrorizado por lo sucedido sin saber que todo es mejor ahora y que el sufrimiento para nosotros ha terminado.

He sido feliz pero anhelo serlo más.

Vuestro hijo y hermano.

P.D: Arriesgad en vuestras decisiones.

Sara Esteban Burgos

EL ENIGMA

Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. Carlos se repetía constantemente esta premisa, harto de la cobardía de los vecinos y su total pasotismo para actuar ante la serie de asesinatos acontecidos en el pueblo en ese fatídico mes de diciembre de 1975.

Era sábado noche y Carlos llegó a casa. De repente, emitió un gemido. Su hermana María se desveló. En el pasillo, se encontraban los cuerpos sin vida de sus padres. Cuando María bajó y vio el crimen, desolada, se fundió en un abrazo con su hermano. De repente, él recordó su premisa, y con la ayuda de su hermana, comenzaron a investigar los asesinatos.

Ya iban cuatro muertes en una semana. El asesino era frío, metódico, estaba curtido en el arte de matar. Siempre dejaba una nota al lado de cada cuerpo, una curiosa nota: “La vida es sueño”. Carlos y María estaban confundidos, pues no sabían de nadie en el pueblo con una gran afición por Calderón de la Barca para considerarlo una pista.

En Nochebuena, se cometieron otros dos asesinatos, y otra vez se encontraba la maldita nota. El asesino no dejaba un cabo suelto. Los hermanos estaban desesperados, sin rumbo. No conseguían descifrar el enigma que contenía la nota.

Era Nochevieja, la primera que los hermanos pasaban solos, sin sus padres. Cuando María fue a llamar a Carlos para avisarlo de que la cena ya estaba lista, se llevó una gran sorpresa. Ella abrió la puerta de la habitación de él y se lo encontró inmóvil y sangrando. Fue a sujetarle la cabeza y cuando sus ojos se miraron fijamente, Carlos pronunció sus últimas palabras: “La vida es sueño”. María se encontraba totalmente confundida y consternada. Al lado de la tele, se encontraban unas cintas de vídeo. Al verlas María gritó. Iba descubriendo poco a poco al asesino mientras veía en el televisor cómo su hermano Carlos, totalmente sonámbulo, dormido, cometía cada uno de los asesinatos. En ese momento entendió el enigma: “La vida es sueño”.

Sergio González Sánchez

GANAS DE ARRIESGAR

“Lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas”. Esa frase me ha marcado en los últimos meses. John, mi amigo de la infancia, murió el pasado mes por culpa de un accidente de tráfico.

En el hospital, tras habernos informado por el médico de que le faltaban unas horas de vida, entré en la silenciosa y, a la vez, entristecida habitación donde él permanecía tumbado en una cama blanqueada por el típico color de las sábanas sanitarias.

Allí, él, callado como nunca lo había estado, me recibió abriendo sus azulados ojos y dirigiéndome su última mirada antes de dejar esta vida.

Yo no sabía qué decirle, ni tampoco sabía cómo actuar. Estaba vacío por dentro y apagado por fuera. Fue él, como de costumbre, quien empezó a hablar.

- Tomi, mi gran amigo Tomi. En breve te dejaré, pero no quiero ver tristeza delante de mí, antes de irme para siempre.
- Lo siento. No puedo remediarlo. Tú has sido una persona clave en mi vida y, ahora, me dejarás solitario en este camino tan complicado. Sabes que soy indeciso y que siempre he necesitado un apoyo exterior a la hora de tomar mis propias decisiones. NO puedes irte.

John cerró los ojos, pero su voz se volvió a oír por última vez:

- En esta vida el valor el esfuerzo prevalece por encima de todas las cosas. Tú te esfuerzas en todo lo que persigues, pero eres una persona que espera que el destino cumpla sus deseos. Esos sabes que no es así, pero no quieres admitirlo. Sabes de sobra que lo que está claro es que en la vida hay que tomar decisiones arriesgadas. En todos los aspectos de la vida: tanto en el trabajo como en el amor.
- Tienes razón, John, siempre la tienes. Algún día nos volveremos a encontrar.

Calló para siempre.

El sonido de las campanas me despertó de un profundo y agradable sueño. Es curioso, siempre me despierto con una sensación de bienestar gracias a esos sueños, los cuales nunca consigo recordar.

Pasé el día en la ciudad, mi ciudad, Ávila. Solitario, como en los últimos tiempos. Vivía una vida que podría ser envidiada por muchos, pero que a mí no me llenaba ni lo más mínimo.

Llegó la noche y me senté en la parada del autobús, cercana a la Plaza de Santa Teresa. Allí me sentía a gusto, pero seguía sintiéndome vacío por dentro, dicho antes, como en los últimos meses.

Desde que él me dejó, no he conseguido recuperarme psicológicamente. Estoy tocado, ya que no ha habido razón alguna para volver a ilusionarme. Sobre todo, tampoco ha habido ninguna chica que me haya provocado una sensación de querer volver a arriesgar todo por ella, como tampoco no ha habido ningún amigo que me haya dado lo que me dio John. Pero esa noche, apareció ella.

El autobús llegó a las 23:50 horas. Subí a él, pagué los setenta céntimos y me senté al fondo del mismo, junto a la ventana. En la siguiente parada, ella entró. Era fácil de describir físicamente, no muy espectacular, pero a mí me llamó la atención. Eso era suficiente. Volví a sentir ese deseo. Ganas, sobre todo, de arriesgar. Por ti, John. Ella se sentó tres filas delante de mí. Me levanté y aposté por ella, como nunca lo había hecho por nadie. Gané.

Marcos Hernández Hernández

RELATO CORTO

A MIS RAÍCES

Eran tiempos difíciles, ella era tan seria, siempre con ese gesto tan enfadado, eso era lo que parecía pero alguna vez alguien le preguntó: "¿Qué te pasa, María? Aquellos años no eran como los de ahora , se vivía sin apenas expresar los sentimientos más íntimos , la vida de María estaba un poco marcada: ella nació un 2 de agosto de 1915 en un pueblecito de la sierra de Ávila y nació de madre soltera pues el padre por cobardía o por presión la vida se quitó, su madre como cualquier madre caminó hacia delante y a Madrid se marchó a trabajar para poder criar a su hija. En una incluso la tuvo que dejar mientras ella trabajaba, y a escondidas y nadie sabe por qué a los diez días se la arrebatában diciéndole que su hija había muerto. Pasó el tiempo y María lejos de su tierra y con otros padres que la criaron no conocía a su verdadera madre y así su vida había pasado, diez días en una incluso cinco años con una familia y otros quince años con otros padres que la acogieron y fueron los que la tuvieron hasta el final de sus días, ella sola y sin hermanos. Pasaba el tiempo y por casualidades de la vida María supo que su madre biológica vivía, gracias a un maestro que estaba en Navarrevisca y era del mismo pueblo que María que por curiosidad se puso a investigar cuando María le pidió que le trajera una partida de nacimiento de su pueblo para poder casarse con el que entonces era su novio y después pasó a ser su marido un 25 de enero de 1934. Este maestro empezó a investigar quién era la familia de María y la encontró. En una ocasión el marido de María fue a visitar a la que se supone que era su suegra a Madrid al restaurante en el que trabajaba y no estaba, se había ido de vacaciones y no pudo comunicarla que su hija vivía, María entonces estaba esperando a su primer hijo y cuando nació decidieron ir a su pueblo a reencontrarse con su madre, a su vez su madre, se enteraba que su hija vivía y sin perder la esperanza por verla y abrazarla la vida perdía, quiso el destino que cuando María a su madre fue a conocer esta se marchaba de esta vida maldiciendo a quien hacía tanto tiempo a su pequeña hija le había quitado, fue tanta su emoción al enterarse de que su hija aún vivía que su corazón no aguantó y a María no la vio, ni a ella, ni a su marido, ni a su nieto Simón que allí fue a conocer a su abuela también. Nunca se vieron cara a cara ni un beso, ni un abrazo, ni un te quiero, pero María su vida siguió. Después de este duro golpe una guerra muy pronto estallo y que pena tenía María pues su Gonzalo tan joven y lleno de vida tuvo que partir para luchar a esa guerra civil, Gonzalo que tanto la quería esta coplilla siempre le decía: **"Ay María me voy a la guerra / ay María pronto volveré / y si tú no vienes conmigo / cuando llegue yo te escribiré / ha llegado Gonzalo a la guerra / y María carta recibió / y le dio un desmayo penoso /y redonda al suelo cayó / yo no siento el sudor de mi frente / ni tampoco la bondad de Dios / lo que siento si matan a mi Gonzalo /que en mi pecho no coge otro amor."**

Gonzalo volvió sano y salvo de aquella guerra en la que tanta gente murió, de su matrimonio nacieron un varón y tres hembras que crecieron juntos viviendo en la tasca que Gonzalo monto. Los años pasaron y María se rodeó de nietos a los que siempre daba pan de su bolsillo, desde el mayor hasta la pequeña en su casa tuvo y a todos cuido. Un buen día en unas navidades a toda la familia, María reunió, que pena tenían, era nochebuena y ese mismo día María dejaba a su familia y camino a otro mundo ella se marchó , en busca de su madre que espero que ahora este donde este le de ese abrazo que aquí no le dio, con grandísima pena Gonzalo quedo, había pasado sesenta y siete años junto a su María que fue su gran amor y esta pena poco a poco igual que marchita una flor pudo con Gonzalo y a los cinco meses también nos dejó, 10 años han pasado desde que se fueron los dos, con mucho cariño todos los recordamos y con esta mi carta les quiero contar que ya tenemos unas cuantas flores más , que no han conocido pero a ellos siempre recordaran.

(con mucho cariño les dedico esto a mis bisabuelos, a los que tanto añoramos)

Lara González González

LOS BEPISAMAR

Inhumano, na.

Del latín *inhumānus*: carente de humanidad.

Precisamente en el país recién citado hay una tribu, la de los bepisamar, que cree en el canibalismo como forma de existencia suprema. Se trata, eso sí, de un canibalismo post mortem —lo contrario se tornaría horriblemente cruel—. La inevitable y ágil putrefacción del cadáver empuja a los bepisamar a actuar del modo más rápido posible: si un ser querido muere, se avisa a las personas pertinentes y en unas pocas horas se ofrece el banquete ceremonial.

Cada bepisamar lleva con indecible orgullo la cuenta de los semejantes que, en parte, ha engullido (siempre seres amados: por requisito de la tribu y por la más sincera imposición personal) y cree en el ensanchamiento anímico a medida que el número aumenta. Esta cuenta no se lleva de memoria, sino que todos y cada uno de los bepisamar se acompañan imperativamente de un cuadernillo ilustrativo. Así, al tragar a un ser querido, se alimentan a su vez de los seres queridos de su ser querido llegando a acumular, gracias a tan milenaria tradición, millones de antepasados bepisamar en su estómago y más concretamente en su espíritu, por no hablar de su cuadernillo.

Trabé amistad con el intérprete bepisamar que me hizo de guía y le hablé tanto de mi bello pueblito, situado en la sierra de Gredos, que una incontenible curiosidad le empujó a visitarme al poco tiempo de nuestra despedida. Cuando vino a comer a mi casa y le ofrecí el típico chuletón de Ávila, me preguntó por mi relación con la vaca de la que provenía y mi amor hacia tal ser vivo. En el momento en que le relaté el proceso alimenticio occidental se horrorizó, especialmente al enterarse de la parte que implica el criar a un animal con el único objetivo de sacrificarlo en su momento más sabroso para el disfrute humano.

La conversación con mi huésped se tornó tan ardua que llegué a la conclusión de que el término más acertado para resumir lo que cualquier bepisamar podría pensar de nosotros es *inhumano*.

Patricia Martín Rivas

PASADO ANTERIOR

Era un bijorrero siempre de un lado para otro. Pasó corriendo y salió tía Eduarda: «Asco de muchachos estos vaya un desajumorio que le han puesto a la Felisa. Pero que bijorrero está hecho, dirigiéndose a tía Salva, menudo licantinas, como le coja su padre le va a dar una panaera que se va a enterar. Bueno mujer, voy a ver si le doy el desayuno al muchacho, que es más guto, está hecho un almendardo y no come na, y luego se pone más tiploso si no le atalanto un poco que pa que te cuento; y tú que haces esta mañana, pues voy a lavar esta chalina que se me ha caído la alcuza encima y por querer cogerla he tirao la cobertera y menuda calcacina que he preparaao, pero veo que viene un gilo de agua na más así que lo dejaré aquí, en la cirata, al lado del poyo, pa cuando pase más agua. No le dejes al ventestate, dijo Salva, te lo vaya a quitar algún jutivo, mientras pasaba Felipe. Ahí va, dijo Salva, pero, qué farraguas y que gumetero es. Felipeee, le gritó Eduarda, no me tires aquí el rugajo, pero qué despendolao, ya va empandinao, mira, mira, derecho al escusao va. Felipe levanta los brazos y mueve las manos como si tocara las castañuelas mirando a tía Eduarda y ésta, enfadada, dirigiéndose a él, le dice, a mí no me hagas gumetes que te doy una tunda... anda, vete de aquí perantón y no me arriendes que te... que te...».pero que gargavero, si este lo hace to a ojosvistas, ya lleva las manos llenas de pachuche, seguro que se ha caído ya al zagual, no ves que se junta con José que es de su trapio, vaya dos, bueno mujer, te dejo que vayas con el muchacho , que al final se va a poner tiploso y luego te toca cogerle en la jalda pa que se le pase ,sí, me voy porque está un poco jipotuo y no hay quien le aguante, ala, hasta luego Eduarda, venga salva a la tarea mujer...

Aojosvista: a la vista de todos, que no se esconde	Empandinao: atiborrado de comida
Albendero: juerguista.	Despendolao: perdido de la vida
Alcuza: recipiente de aceite.	Jutivo: de pocos amigos
Almendardo: persona que no engorda	Zagual: charco de agua o barro.
Bijorrero: inquieto.	Trapío: que es de su estilo.
Calcacina: desastre.	Tunda: paliza
Cobertera: tapadera.	Gilo: poco agua (en reguera)
Pachuche: barro, tierra muy mojada y negra.	Cirata: acera de reguera
Tiploso: enfadado	Ventestate: que esta al aire
Jipotuo: que se queja mucho.	Gumetero: que hace muchos gestos con la cara (gumetes)
Farraguas: desastre	Perantón: que siempre está en medio.
Licantinas: charlatán.	Atalantar: cuidar
Panaera: paliza	
Guto: no le gusta nada (de comida)	

PRIMERO DE NOVIEMBRE

A los diecisiete años se hacen algunas tonterías, travesuras, estupideces o como quieras llamarlo, pero a veces tienes que pagar un precio demasiado alto por ellas. No sé quién es el juez de estos actos, pero gracias, cabrón.

Iba a ser nuestra primera vez y mi chico decidió que fuera muy muy especial:

- ¿Aquí?
- Sí, ¿qué pasa?
- ¿En un cementerio? Tú estás loco, ni de coña. Yo me voy.
- Escucha. Es la Noche de Todos los Santos, estamos en el sitio perfecto ¡mira, si tenemos hasta velas! ¡Joder, más especial que esto! Piensa cuando seas vieja y tu nieto te pregunte dónde fue tu primera vez...jejeje. Venga, va a ser divertido.

El momento en cuestión fue entre patético y muy patético, pero efectivamente, pasamos un rato divertido, que para ser la primera vez y en el lugar que se desarrollaba no era para esperar mucho más. Con los años fuimos mejorando, pero en casa.

Fue pasando el tiempo como para muchas parejas. Nos besamos, volvimos a besarnos, discutimos, nos volvemos a besar, discutimos, nos besamos, discutimos, volvemos a discutir, nos besamos, discutimos, nos dejamos, nos besamos, volvemos a estar juntos, nos besamos, tenemos un niño... y aquí empieza nuestro juicio.

Ya pronto iba a cumplir los 3 años nuestro pequeñajo, ya no teníamos tanto tiempo para besarnos, ni para discutir, ni para dejarnos, ni para volvernos a besar. Como el invierno anterior otra vez con el catarro, otra vez al médico, otra vez el Apiretal, otra vez el Dalsy, otra vez ingresado... pero esta vez fue diferente, esta vez decidió dejarnos antes de que acabara esa maldita noche del uno de Noviembre.

Ahora intentaré explicaros como fue nuestra vida los siguientes meses, supongo que con la palabra infierno os hacéis una idea, pero no creo que el infierno sea tan duro, ni el mismísimo diablo podría vivir allí tanto tiempo.

Volvimos a intentar besarnos, decidimos volver a intentarlo, incluso discutimos, nos besamos, volvimos a discutir, nos dejamos, nos besamos, volvimos a estar juntos y tuvimos una preciosa niña.

Ella no debía pagar nada de nuestro pasado, no podía afectarla nuestra silenciosa tortura, nuestra penitencia impuesta por un juez injusto, lo prometimos. Gastábamos nuestra poca alegría en jugar con ella y nuestros lloros los guardábamos para los momentos en que debíamos besarnos.

De nuevo llegó el invierno, llegó el catarro, el médico, el Apiretal y el Dalsy, llegó el hospital y la puta noche del Primero de Noviembre.

Hace tiempo que no hablamos de aquella primera vez, parece que ya no nos hace tanta gracia. Especial sí que fue, pero divertida nos parece cada vez menos.

Insisto en que a los diecisiete años se hacen algunas tonterías, travesuras, estupideces o como quieras llamarlo, pero a veces tienes que pagar un precio demasiado alto por ellas. No sé quién es el juez de estos actos, pero gracias, cabrón.

Juan Antonio Martín Martín

EN BUSCA DE MÍ

Son las tres de la mañana, una noche cualquiera, de un día de trabajo duro cualquiera. El trabajo no me iba muy bien, mi salud no era muy buena que digamos y cada día vivo la vida con menos ilusión. Un ruido en la oscura noche me despertó sobresaltado dejándome tendido sobre la cama. Fue cuando me di cuenta de que algo no iba bien, tenía un sentimiento de vacío, algo faltaba dentro de mí, y no sabía el qué. Me quedé paralizada mirando a las cuatro paredes que me rodeaban, los cuadros, las estanterías, los libros, pero no encontraba respuesta a mi estado. Mil preguntas perturbaban mi mente, mil pensamientos raros me inquietaban, me hacían reflexionar. Algo no iba bien y era consciente de ello pero por más que quería levantarme mi cuerpo pesaba toneladas. La angustia se fue apoderando de mí poco a poco hasta el punto de faltarme el aire, creándome un nudo de dolor y sufrimiento.

Mi mirada empezó a perderse por el oscuro techo de la habitación. Los párpados pesaban cada vez más. Era imposible no sucumbir al sueño, se me cerraron los ojos y quedándome profundamente dormida comenzó mi historia.

Fue un viaje especial a lo más profundo de mí, en algún lugar de mi cuerpo. Era un espacio vacío, azulado, con un sendero infinito en el cual era incapaz de visualizar el fin. Allí estaba Sonrisa, un ser tan energético, tan alegre, tan feliz, tan dulce, tan sonriente, tan blanco... Transmitía una paz inexplicable. Caminaba como cada día derrochando alegría, irradiando de luz allí por donde pasara pero ese día no sabía que alguien se iba a entrometer en su camino.

Llevaba ya un buen rato caminando cuando vislumbró un ser sentado en mitad del camino. El camino parecía cambiar de color, el negro iba poco a poco apoderándose de ese tono azulado del espacio. Acercándome muy despacio empecé a observar que su imagen era un calco perfecto de la mía, pero su color era muy oscuro, sin energía, con cara de pocos amigos. Parecía ser muy triste Tristeza, muy opuesto a mí. Me decidí por preguntarle qué hacía allí, por qué todo se estaba volviendo tan negro, qué había más allá de esa oscuridad.

Aquel ser triste no contestó a ninguna pregunta, solamente me aconsejó que no siguiera el camino porque algo oscuro y tenebroso estaba destruyendo todo por donde pasaba. Me quedé paralizado sin saber qué hacer. ¿Seguir o no seguir? Me armé de valor y convencía a aquel ser triste para que me acompañara en el camino. Mejor ir acompañado, pensé.

Después de caminar y caminar algo encontraron en su camino. Era la máquina de la vida, donde se encontraba Corazón. No estaba tan lleno de vida y fuerte como solía estar, le notaba desganado, falto de energía, aquellos latidos... Sonrisa no quiso molestar, su intuición le guió a que el mal había pasado por allí y había debilitado bastante a Corazón.

No dudó ni un segundo más para seguir su viaje y descubrir qué fenómeno, objeto o ser era el causante de aquella situación.

Tristeza acompañaba a Alegría pero cada zancada se mostraba más cabizbaja, débil y sin ganas de ayudar a Sonrisa, la cual empezaba a mostrar cansancio y desánimo por no encontrar la salida a aquel camino que cada vez se oscurecía más y más.

De repente algo surgió entre la oscuridad. Era el cerebro gobernado por un ser llamado Mente. Sonrisa y Tristeza quedaron inmóviles, sin aliento y fijando la mirada en el mismo punto. Si, allí estaba mente, pero no se encontraba sola. Rodeándola en un halo oscuro y lleno de tensión se encontraban Decepción, Desgana y Angustia, con miradas amenazantes, sometiéndola a las peores torturas, y gobernándola con sus negatividades. La sombra de negatividad era tan fuerte que debilitaba e impedía el buen funcionamiento de los demás órganos vitales de mi cuerpo donde el grado de negatividad era tal que acabaron con las pocas fuerzas, energía y positividad que le quedaban a Sonrisa, haciéndola caer desplomada. Per antes de tocar el suelo un torrente de sangre la envolvió con fuerza para levantarla. Entonces sonrisa abrió los ojos.

Contempló el resplandor que manaba de ella, alimentada por la sangre procedente de Corazón, un resplandor lleno de energía, positividad, alegría, felicidad que atacó directamente el halo oscuro que dominaba a Mente reduciendo a Decepción, Angustia y Desgana a cenizas; el espacio volvió a tornarse azul casi blanquecino. Los órganos volvían a funcionar a la perfección.

¡Ring! ¡Ring!

¡El despertador!

Empezaba un nuevo día, pero no un día cualquiera. Me levantaba con una sonrisa de oreja a oreja, relajado, alegre, feliz, lleno, como si algo dentro de mí hubiera cambiado.

Sólo una reflexión rondaba mi mente. Muchas personas sufren esa lucha en su interior provocada por problemas que nos pone la vida y creen que no pueden superar, que les aparta del mundo y les hace caer en un abismo oscuro y de tristeza. Para todas esas personas me gustaría decirles que sonrían a la vida y la vida les devolverá la sonrisa. La fuerza está en nuestro interior. Interior.

Víctor Lanchas Hernández

MANOLO Y LUMI

Hacía mucho calor allí dentro. Especialmente infundado en aquel traje negro de pana gruesa que sólo usaba el día de San Antonio desde hacía ya ocho años. El granizo primaveral golpeaba fuerte y casi con ritmo, sobre la ventana mal cerrada de aquel compartimento de tercera clase, del tren correo que hacía Ávila- Madrid en el que Manolo viajaba algo nervioso e intimidado, pero muy decidido a emprender una nueva vida en la capital. Si todo era como lo que le habían contado sus conocidos, sería muy fácil ganar dinero y echarse una buena novia. Se acababa de librar del servicio militar por los pies planos y no quería perder ni un día más sin intentar su sueño.

Manolo había decidido tras mucho pensarlo que a pesar de que amaba profundamente a su pueblo, a su familia y a sus animales, quería conocer más, quería hacer más cosas, aprender y sobre todo ganar dinero para formar una familia y, si fuera posible, comprar un carro nuevo a su padre, ya que el suyo se rompió bajando a por heno a la Junta y, como ese día guiaba él la yunta, se sentía responsable de lo que para su modesta familia era, sin duda alguna, un desastre económico.

Le encantaba dormir en verano en el Majal con su rebaño porque podía tumbarse al raso y observar las miles de estrellas que adornan allí el cielo. Se imaginaba que subía a la cima del Cabezo y desde allí se lanzaba hacia su estrella favorita, Vega, aunque él no conocía el nombre, sino que la llamaba “mi lucero de medianoche”, que despertaba en él una pasión muy especial, tan brillante, tan bonita, en todo lo alto del cielo.

Su primo Luis, el de Tío Secaruto, se había marchado dos años antes y había conseguido un trabajo de pinche en un restaurante de la Cava Baja, la Taberna Castiza, que aunque no le daba para mucho, le permitía vivir de patrona en el centro, e incluso enviar algo de dinero a sus padres, cada dos o tres meses. En el restaurante de al lado, Casa Justo, necesitaban a alguien para fregar los platos y alimentar de carbón las cocinas. Manolo no sabía casi nada de cocina, como mucho había hecho trucha a la teja y patatas revolcones de vez en cuando, por lo que no tenía muchas esperanzas de futuro depositadas en la hostelería, pero sería un buen comienzo para situarse en Madrid y seguir buscando cómo prosperar.

La nube de pensamientos, el traqueteo del tren y el ritmo del granizo acunaban a Manolo, que se había levantado a las cinco de la mañana para coger en Burgohondo el coche de las siete. Un instante antes de dormirse una voz femenina, cálida y melodiosa le trajo de nuevo a la realidad:

- ¿Y tú de qué pueblo eres? – preguntó Iluminada, con verdadera inocencia.
- De Navarrevisca. ¿Y tú? – dijo Manolo.
- Soy de Tornadizos de Ávila y me voy a Madrid a servir. Por cierto, me llamo Lumi.
- Yo soy Manolo, pero en el pueblo me conocen como el Guto. Yo también me voy a Madrid, voy a trabajar en un restaurante.
- Ah, ¿sí? Yo serviré en casa de unos señores de Salamanca, que viven en la calle Claudio “Cuello”. Son terratenientes y tienen muchos hijos que criar. Tendré una tarde libre a la semana, comida, cama y ¡diez pesetas semanales! Si nunca he visto tanto dinero junto...

- A mí me dan la comida y un quinto de las propinas. No sé si será mucho, pero me servirá. Me quedaré de patrona en casa de una señora de mi pueblo, Tía María, que vive en la Calle del Divino Pastor y que no me cobra nada porque su hermano, Tío Bruno, tiene dos “praos” en renta en Rojamaril por los cuales no paga renta alguna a mi familia.

Tras un par de horas de viaje y conversación, el tren llegó a Atocha, donde Lumi y Manolo se apearon y se despidieron, no sin antes darse las señas, para que una vez establecidos, Manolo pudiera escribirle y quizá, quién sabe si con el tiempo ella accedería a ir al cine con él.

Cuarenta y tres años, cinco meses y doce días después, tras decenas de miles de horas, él detrás de una barra en Usera y ella entre fogones en Leganés, Lumi y Manolo, ya jubilados, con sus tres hijos colocados, vuelven al pueblo en su Renault, con el maletero lleno de ropa y enseres, la cabeza llena de recuerdos y el corazón lleno de ilusión, porque al fin pueden volver a Navarrevisca, de donde ya también se siente Lumi, puesto que durante los últimos cuarenta años de su vida, casi todos sus buenos recuerdos eran de allí. Quieren disfrutar su edad dorada en el sitio que más felicidad les produce, en el sitio del que se sienten parte importante. En resumidas cuentas, en el sitio donde siempre estuvo su corazón.

Gracias a todos aquellos españoles que tuvieron que dejar su pueblo y a su familia en busca de una vida más próspera, a todos aquellos que hicieron de un país destruido por la guerra una potencia mundial, a todos aquellos que con su esfuerzo, trabajo, dolor y en algunos casos su vida, nos allanaron el camino para que hoy podamos vivir como lo hacemos. A todos ellos, gracias.

José Manuel de la Paz Hernández

HELADO DE CHOCOLATE CON BARQUILLO TOSTADO

Vivo en un pequeño pueblo de la sierra y aunque es tan chico, por una vieja historia es conocido en muchas partes.

Mi padre tenía en la plaza una tienda de golosinas. En el verano vendíamos unos helados riquísimos, caseros, hasta tal punto que venía mucha gente a comprarlos.

Un día entró en la tienda una niña de unos diez años. Tenía el pelo rubio y llevaba una gran trenza con un lazo rojo..

- Hola. ¿Qué quieres?
- Un helado de chocolate con barquillo tostado.

Y así durante muchas semanas, a la misma hora, con el dinero exacto, siempre igual.

Era María. Su familia había llegado al pueblo, hacía poco. Su padre era extranjero. Siempre iba la familia junta. Eran amables, aunque no hablaban mucho.

La niña apenas jugaba con los otros niños. Se sentaba en un banco y miraba a todos los demás. Sólo hablaba con un viejo del pueblo y anotaba en un cuaderno todo lo que el abuelo Luisillo decía.

Una tarde entró en la tienda, dijo lo mismo, pero cuando fue a pagar, se dio cuenta de que no llevaba el dinero.

- Ahora lo traigo.
- No te preocupes. Mañana lo paga.
- ¡No! Lo traigo ahora.

Esperé pero no llegó, ni al día siguiente, ni al otro.

Me dijeron que aquella noche se marcharon del pueblo. Nadie sabía nada.

Pasaron los años. Veinte.

Seguía en la tienda. Ahora la plaza había cambiado, años atrás la habían reformado y los niños que jugaban ya tenían hijos y algunos...

Una tarde, estaba en la trastienda y oí el ruido de la puerta. Salí. La chica que me ayudaba estaba preguntando.

- ¿Qué quiere?
- Un helado de chocolate con barquillo tostado.

Una mujer, joven, con una niña pequeña, estaba allí.

- ¿María?

- ¡Hola! ¿Me recuerda?

Se acercó, me dio un beso y allí abrió su mano. Había unas monedas.

- Le debo un helado.

Salimos a la plaza y nos sentamos en un banco.

- Está todo muy cambiado.

- Sí.

Me contó que aquella tarde a llegar a casa cogió el dinero y lo metió en el bolsillo del pantalón. Cuando iba a salir, entró su padre y les dijo que tenían que marcharse del pueblo.

- ¡Papa! Tengo que ir a pagar el helado.

- Lo siento, María. No hay tiempo.

Se marcharon. Su padre era un exiliado por política de otro país y ahora tenían que huir de nuevo. Fueron a Oslo, donde su familia ya pudo vivir tranquilamente.

Un día su madre encontró las monedas en un pantalón.

- ¿Qué es esto, María?

- El dinero del helado, del pueblo.

Su madre lo cogió, lo guardó y prometió pagarlo alguna vez.

Pasó el tiempo y se hizo escritora en Oslo. Sus libros eran muy apreciados. Un día le dijo a su marido que podrían ir al pueblecito español donde vivió porque tenía que cumplir una promesa. Por eso había vuelto.

Me dio un libro y, aunque evidentemente estaba escrito en noruego, en uno de sus capítulos y subrayados había unas palabras en español: "Navarrevisca, Pontón, tío Luisillo, Plaza, Gargantilla, río y helado de chocolate". Era un libro de viajes.

En una estantería de la tienda, junto a unas monedas, tengo el libro. ¡Sí que es importante mi pueblo!

Angelines Lozano

INTENTANDO HABLAR DE LA CRISIS

Voy a ser muy franco con usted, señor: sé que corren malos tiempos o por lo menos eso dicen todos los días los que esperan en esta parada a que venga el 27, ¿sabe? A mí me gusta venir aquí a sentarme y observar a la gente y si da la casualidad entablar conversación con alguien pues, ¿sabe usted, señor?: los viejos como yo nos encontramos bastante solos y a la familia muchas veces no les interesa escuchar lo que decimos, piensan siempre que andamos repitiendo la misma historia, si nos escuchasen alguna vez... Pero ya sabe los tiempos que corren, siempre con prisas, vaya vida. Ahora fíjese en la televisión no hablan más que de la cosa esa, sí, hombre, de la CRISIA o la CRISPIA o algo parecido. ¿Cómo dice usted? Ah, sí, tiene razón: LA CRISIS. Si es que ya sabe, tengo perdidito este oído, si ya me lo dice mi nieto, a voz en grito: “Abuelo, tienes que ponerte aparato”. Todo esto lo hace chillándome a la oreja. Hombre, a esa distancia no estoy sordo, le digo yo. Le confieso una cosa, señor: ellos no saben que tengo sordera selectiva... Oigo lo que puedo y escucho lo que quiero.

Bueno, a lo que íbamos. Ya sabe que nosotros los viejos empezamos a hablar y nos vamos por los cerros de Úbeda. Ay, amigo, qué malos tiempos pasé yo en Úbeda, Jaén, allí me tocó hacer el servicio militar, eso sí que era duro, dieciocho meses o más, ya no recuerdo y ahora fíjese se libran por tener los pies planos o lo que es peor se hacen insumisos, madre mía cómo ha cambiado la cosa, llegara un día en que la mili no sea obligatoria... ¿Cómo dice?, ¿que ya no lo es? Perdóneme, señor, pero tengo perdidita la cabeza. De todas formas, me alegro que así sea, digo lo de la mili no lo de la cabeza, aunque bueno, tengo que reconocer que fueron los meses mejor perdidos de toda mi vida.

¿Qué dice usted? Que qué le iba decir de la CRISIA esa. Sí, perdóneme, que ya me ha dicho antes que no es CRISIA, pero bueno, usted y yo sabemos de lo que hablamos, qué más da CRISIA, CRISPA, que CRISTI, ay, ahora que decimos de CRISTI, tuve yo una novia una vez...”la Cristina”, vaya con “la Cristina”, de qué buen ver estaba, que me perdone mi Paquita que en paz descance, pero es que esa chica fue mi primer amor, coincidimos en el tren, yo volvía de permiso de Jaén, cuando la conocí ella iba apenada pues acababa el verano y volvía a la casa donde servía, y yo como bien sabe usted no tengo problemas para entablar conversación con los desconocidos...Pues de ahí de ese viaje surgió un bonito romance, si antes se podía llamar romance a cuatro besos mal dados y cuatro achuchones robados en la oscuridad de las calles y fuera por supuesto de la mirada de su padre, el cual no le debí gustar mucho y no dio su aprobación y la Cristina ahí que me dejó, gracias a Dios por otra parte pues conocí a Paquita y esa sí que era mujer y de un solo hombre...no como las de ahora.

Bueno, ahí viene el 27, creo que es su autobús. Vaya, cada vez tardan menos estos cacharros, y aún no sé lo que piensa usted de la crisis, va a ser verdad lo que dice mi nieto, que hablo mucho y al final no digo nada.

Sí, sí, encantado yo también. Adiós, adiós, no le entretengo más, hasta otro día...

Francisco miró su reloj, vio que se acercaba la hora, se levantó con cierta dificultad, cogió su bastón, cruzó la calle, abrió la puerta del portal de su casa y...desapareció.

María Burgos Rojo

DIARIO DE UN VISIGODO (3º PREMIO DE RELATO CORTO “MARRAMBLAS Y FARRAGUAS”)

26 de Júnium (“Junio”, según el “calendario juliano”) del año 712 d.C

Finn está cansado. Normal, hemos estado viajando durante dos días seguidos, pero aún nos falta un día de viaje para llegar a Abela (*La “Ávila” visigoda*). Él se ha comportado muy bien. Hemos avanzado rápido. Es un burro cumplidor y fiel, y debe descansar, al igual que yo, para proseguir el camino.

Me he sentado junto a un arroyo y he podido beber agua pura y comer un poco de pan y una manzana caída de un árbol, mientras Finn también se alimentaba pastando a mí alrededor. Aunque el cielo está estrellado y hay mucha luz, no tengo buenas sensaciones. El miedo se apodera de mí por momentos. El pánico a ser asaltado por algún bandido por la noche me está haciendo pensar de permanecer despierto el tiempo que pase en este lugar, hasta que Finn se recupere un poco. Aún así, estoy muy cansado y necesito dormir. Por si acaso, tendré a mano mi martillo.

No dejo de pensar en Erik y Bera, mis dos hijos, y en mi mujer Arndris. Hacía tiempo, desde que salimos de Abela, que no me había separado de ellos en ningún momento, pero ahora tengo la necesidad de saber que ha pasado con nuestro pueblo, los visigodos. Tuvimos que abandonar la ciudad por las circunstancias que se estaban dando y por el miedo a los partidarios del noble Wítiza, los cuales están enfrentados a Roderic, el rey visigodo. La última información que tuve, gracias a un mercader que encontré lejos de nuestro hábitat en un día de caza, fue que los partidarios de Wítiza habían pactado con los árabes para que viniesen a ayudarlo y, de esta manera, poder derrocar al rey Roderic. Desde entonces, no he vuelto a saber nada nuevo, ya que donde estamos instalados mi familia y yo es un lugar deshabitado, donde no suele pasar nadie.

Allí llegamos el 14 de Máium (“Mayo”) de 710 d.C, tras cinco largos días de viaje. Encontramos un valle, y al pie de la ladera de un cerro, junto a un pequeño arroyo, gracias a mis dotes de albañilería y de carpintería, construimos una pequeña casa de adobe, piedra y madera. Es una vivienda muy acogedora, pero necesitaremos agrandarla y mejorarla durante los próximos años, sobre todo para estar más protegidos durante el invierno.

Bueno, ya está bien de escribir por hoy. Hacía días que no lo hacía. No puedo permitirme olvidar la escritura, ya que me costó mucho aprenderla y manejarla bien. El monje Birndul, antiguo amigo de mi padre, tuvo mucha paciencia conmigo y debo hacer lo que él me aconsejó: *“Cuando te encuentres solo y no tengas con quién hablar, escríbete a ti mismo lo que se te pase por la mente o lo que desearías contar a alguna persona. Así, además de desahogarte, pondrás en práctica tu escritura y no se te olvidará con el paso del tiempo”*.

Gracias a él, me gusta escribir, ya que me ayuda a tranquilizarme y a pasar el rato. Ahora, toca dormir, aunque no sé si podré. Bien, mañana será otro día.

28 de Júnium del año 712 d.C

¡No puedo creerlo! Nuestro reino está perdiendo su poder ante los árabes. Ayer, cuando el alba se había levantado, y me había lavado y había desayunado, emprendí el camino. Al anochecer, al cabo de tres días de marchar por el bosque y por los caminos, llegué a Abela y desde la distancia, escondido en una gran arboleda, pude visionar como mi ciudad había sido

destruida y conquistada por las tropas árabes, dirigidas por un tal general Tarik. Han arrasado las infranqueables murallas de la ciudad, la gran obra de los antiguos romanos. Me cuesta pensar que Abela ya está bajo poder musulmán. ¿Habrá caído la capital de la monarquía?

Asustado, estoy de vuelta a casa. No podía quedarme allí y ponerme en riesgo de ser visto y ser encarcelado. Menos mal, que esta noche no estoy solo. De vuelta, he encontrado a un campesino llamado Orn, que huía de la ciudad a pie y que, cuando nos hemos encontrado, ha intentado huir de mí, confundíendome con uno de esos brutos árabes. Cuando le alcancé, le pude tranquilizar y conseguí que me contara lo que había ocurrido en estos últimos años. Él, no sabe a dónde ir, y como es uno de los míos, le he invitado a que venga a vivir con nosotros por un tiempo. Seguro que será de gran ayuda. Dice que es un gran agricultor.

Hemos parado a descansar, y, tras cenar un poco de pan y algunos frutos que llevaba Orn consigo, él se ha quedado dormido. Mientras cenábamos, me ha explicado lo ocurrido. ¡Malditos partidarios de Wítiza! Lo que aquel mercader me había contado era cierto. Estos, se habían aliado con los árabes para destronar al rey Roderic, pero los musulmanes, una vez en Hispania, se habían sublevado y comenzaron a conquistar todas las tierras que encontraron a su paso. Todo comenzó el año pasado, en el año 711. El ejército árabe bereber, comandado por Tarik, derrotó al rey visigodo Roderic en la batalla que se libró en el sur de la Península. A partir de ese suceso, ha venido todo lo demás. En solo un año han conseguido llegar a Abela y hacerse con nuestra ciudad. De momento, no podremos volver y esperaremos a que en un futuro no muy lejano nuestro pueblo pueda levantarse contra este nuevo invasor. Hemos labrado, durante siglos, grandes batallas y ahora, espero, que nos podamos volver a alzar en el poder.

Al alba nos levantaremos y nos moveremos con cuidado de vuelta a casa. Le tengo que contar todo lo ocurrido a Arndris y a los niños. Posiblemente, se asustarán, pero estaremos seguros donde estamos. En estos dos años no hemos tenido peligro alguno, aparte de algunos percances con los lobos. Además, con la ayuda de Orn, podremos hacer una casa más grande y más segura para el invierno, y, también, tendremos la posibilidad de cultivar una mayor extensión de tierra y cazar más carne a diario.

Espero que los árabes no lleguen a nuestro pequeño “escondite”. Son tierras ricas en cultivos y fauna animal, pero son frías y sin ninguna utilidad para la estrategia militar. Eso sí, ya se han hecho con el poder de la ciudad, un gran punto estratégico, como un gran enclave defensivo. Según Orn, los árabes han decidido reconstruir sólidamente las murallas, para una mayor defensa. Son inteligentes, pero sabremos sobreponernos. Mañana será otro día.

3 de Quintil (“Julio”) del año 712 d.C

He estado vigilando a Orn los tres días que llevamos junto a mi familia, ya que no corren tiempos buenos para fiarse de unos y de otros, y hace unas cosas muy sospechosas. Siempre tiene a mano su daga, no muestra mucha gratitud hacia mi persona, y, tampoco, hacia mis hijos y mi mujer, y se le ve con una actitud distante. Algo trama.

Aunque, en estos días nos ha ayudado en la casa y en la comida. Durante las últimas noches nos ha hecho unas sopas con un olor que sintiéramos que aún teníamos más hambre y en la caza es hábil: pone trampas para conejos y es capaz de despedazar a un animal muerto y guisar su carne. Por otro lado, consigue con facilidad frutos silvestres. Aún así, tendré que tener cuidado con él y vigilarle muy de cerca. Orn no me gusta. Mañana será otro día.

11 de Quintil del año 712 d.C

Orn ha desaparecido. Es raro. Lleva dos días sin aparecer y se ha dejado parte de sus herramientas en casa. Al menos, no se ha llevado nada nuestro, ni de comida ni de materiales o utensilios de trabajo. Todo parece que está en orden, pero no me gusta nada que se haya ido sin decir nada y dejando parte de sus pertenencias de trabajo en casa. ¿Pensará volver?, o ¿habrá sido capturado o asaltado por estas zonas? Mañana será otro día.

17 de Quintil del año 712 d.C

Debemos huir de aquí. No es seguro seguir viviendo en estas tierras. Tengo que ser previsor y asegurar la vida de mi familia. Ayer, tras haber cazado un buen jabalí junto a Erik, y de vuelta a casa, por la zona donde yo la llamo "*La Mesa*", encontré cuatro tumbas bien excavadas en la roca y dos de ellas, ¡coinciden con el cuerpo de Erik y el mío! Supongo, que las otras dos, estarán preparadas para Arndris y Bera. Seguro que Orn está detrás de todo esto. No sé porqué quiere acabar con nosotros, pero es un hombre peligroso y no pienso permitirselo. En mi cinturón siempre tengo preparado mi martillo, de cabeza de hierro, para empuñarlo.

No podemos permanecer más tiempo aquí. Él es un hombre corpulento e inteligente, y puede asaltarnos de imprevisto y sorprendernos. Es mejor volver a huir del riesgo. Esta noche recogeremos todas nuestras pertenencias y partiremos antes de que amanezca. Mañana...

19 de Quintil del año 712 d.C

Ya estamos lejos de casa. Erik y Bera, sobre todo, están muy tristes. También, Arndris. Silenciosos sollozos provenían de ella antes de quedarse dormida. Normal, nuestra vida allí era maravillosa. Una tierra virgen ocupada por primera vez por el ser humano, concretamente, por nosotros, una familia visigoda. ¡Qué pena!, pero debemos huir al norte, estaremos más seguros de posibles ataques árabes o de otros invasores. Espero que algún día podamos volver.

Yo no dormiré, aún no estamos seguros. Debo vigilar. Mañana será otro día.

Marcos Hernández Hernández

ESTACIÓN DE FERROCARRILES

(2º PREMIO DE RELATO CORTO “MARRAMBLAS Y FARRAGUAS”)

Estación de ferrocarriles de Frankfurt. 9 de noviembre de 1967

Tras un largo y arduo viaje, Carmen pisa territorio extranjero por vez primera en su corta vida. Está cansada, le duelen los brazos y la espalda, pero desea llegar cuanto antes a la residencia que la Organización Católica Alemana le ha designado. Tiene el tiempo justo para descansar, pues en pocas horas comenzará su nuevo empleo. Su marido ha fallecido hace tan sólo un año y en Extremadura, su lugar de origen, deja dos niños de poca edad. Abre la cartera y echa un rápido vistazo a la foto de sus retoños, ignorando el tiempo que transcurrirá hasta poder volver a abrazarlos.

La situación de dictadura en España la ha hecho embarcarse en este proyecto: emigrar para prestar sus servicios en una fábrica textil alemana, donde la han prometido un salario de 3 marcos por hora (¡más de 250 pesetas!), que permitirá elevar el nivel de vida de sus hijos y de su anciano padre.

Hace frío, pero el aire de Frankfurt tiene un aroma de esperanza. Allá en España todo el mundo habla de los altos sueldos del *País de las Maravillas*, Alemania. No planea permanecer aquí demasiado tiempo, sólo el suficiente para ahorrar, ofrecer una vida mejor a sus niños y emplear la buena forma física, fruto de su juventud, al servicio de un trabajo nuevo, diferente, bien remunerado, para el que se considera sobradamente preparada.

Gran fábrica textil de Frankfurt. 6 de junio de 1968

Carmen y otras cinco muchachas expatriadas están reunidas en la cantina de la fábrica donde trabajan, comiendo y tratando el tema que más les gusta: sus condiciones laborales y sus ingentes anhelos por finalizar el contrato y retornar a sus ciudades.

- Yo, lo que peor llevo- Comenta, entonces, María, extremeña como Carmen- es esta comida. ¿Quién ha guisado esto? No son más que trozos de carne con sabor a cartón seco...

- ¡No hay día en que no me acuerde del puchero de frijoles!- Añade Dolores, una risueña joven sevillana, que ha sido la última en llegar.

- ¡Calla, calla! ¡Y los huevos al plato! ¡Las patatas al caldero! ¡Eso sí qué es gastronomía!

- Por no hablar de los dulces- Interviene Carmen- las rosquillas de baño, la torta de bizcocho, aunque lo mejor...

- ¡El dulce de leche!- Grita María- ¡No, mejor aún, las galletas Fontaneda con dulce de leche!

Todas permanecen unos minutos en silencio, añorando, más allá de la comida, su tierra, el clima mediterráneo, el calor de la gente...

Carmen, por su parte, no lo está llevando tan mal, aunque, por supuesto, añora a sus pequeños durante cada hora del día. Sin embargo, los ratos compartidos con su grupo de compatriotas la reconfortan, trayéndola un poquito de hogar a su vida cotidiana. El trabajo es cansado, pero ella está dispuesta a hacer las horas extraordinarias que sean necesarias (No cabe en sí del gozo cada vez que se imagina la alegría de su familia al recibir el dinero). De hecho, una de las primeras frases que aprendió, fue *“Ich möchte am Samstag arbeiten”* (“Quiero trabajar los sábados”). Ella es fuerte, espabilada, valiente y está dispuesta a ahorrar lo máximo y más rápido posible (su único gasto extra es el café de los domingos en la Casa de España). No tiene interés en aprender la lengua alemana más de lo estrictamente necesario, pues ella, que nunca fue a la escuela, que no tuvo tiempo para aprender a leer en castellano, sólo quiere poder expresarse en el ámbito laboral y tampoco se relaciona demasiado con los nativos, decantándose

por la compañía española. Al fin y al cabo, en ocasiones se siente criticada y rechazada por los locales debido al sistema de gobierno de España (Hacia menos de una semana, un alemán se había referido a Carmen como “nazi”, cuando ella ignoraba el verdadero sentido de la palabra).

Su tiempo de ocio era variado y ella lo disfrutaba al máximo. Asistía a casi todos los espectáculos gratuitos de baile y folclore, se reunía los domingos con sus amigas en la Casa de España y aprovechaba los momentos de intimidad para rezar sus oraciones. Quizá lo más duro era la gran barrera del idioma, la falta de adaptación por los nuevos horarios, los hábitos culinarios germanos a los que Carmen no llegaba a acostumbrarse, y el ruido ensordecedor de la fábrica, al que se sometía, en ocasiones, durante más de diez horas al día y la dejaba un incómodo dolor de cabeza durante el resto de la jornada.

Sus compañeras conversan ahora sobre el gran suceso de la semana: la reciente clausura de la Casa de España de la ciudad de Stuttgart por el reparto clandestino de propaganda comunista. Carmen las mira, ajena a la conversación, pues su interés por la política es nulo. Ellas son su familia ahora, y se esfuerza en sonreír y valorar los buenos momentos compartidos. Al fin y al cabo, sabe que estos años de su vida nunca los va a olvidar.

Barrio de Sachsenhausen, Frankfurt. 9 de enero de 1971

Carmen llega a su residencia tras una dura jornada laboral; esta semana ha tenido la fortuna de poder realizar horas extra. Sus compatriotas se encuentran en el patio, reconoce enseguida las escandalosas carcajadas de Dolores y el tono de voz pausado, aunque elevado, de María. Ella, por su parte, prende su desgastada biblia con suma delicadeza y comienza sus oraciones. Reza por el buen destino de sus pequeños, por la mejora de la salud de su padre y porque a ella nunca le falte la paciencia para trabajar hasta que llegue el dulce momento de regresar a los verdes campos extremeños...

Aeropuerto de Frankfurt. 13 de junio de 2009

Me llamo Sonia y soy enfermera. Bueno, en realidad, hasta el día de hoy no he ejercido como tal, pero lo cierto es que he estudiado para serlo. Arrastro una maleta a lo largo del aeropuerto de Frankfurt, mirando con curiosidad los carteles, mientras busco, con la mano que tengo libre, el teléfono para llamar a casa. En realidad, estoy muy ilusionada y agradecida de haber sido elegida para trabajar en el prestigioso hospital de Frankfurt, donde ganaré al menos el doble de lo que ganaría en España y podré obtener una experiencia que me dejará un bonito y completo currículum. Apenas hablo alemán, aunque hice un cursillo express por Internet poco después de saber que tendría que venir a residir aquí, pero me envuelve la curiosidad, y algo de desesperanza, ya que dejo en mi ciudad toda mi vida y no sé qué tal se me dará esto de vivir en el extranjero.

Acabé la carrera hace ya cinco meses; sin embargo y a pesar de mis intentos, no he conseguido encontrar un empleo que merezca la pena. Aquí, los horarios son flexibles, el sueldo es alto y, bueno, nunca viene mal aprender alemán, si es que se me queda algo. No creo que vaya a permanecer en este país mucho tiempo, en cuanto las cosas se tranquilicen un poco en España y la situación laboral se encuentre algo mejor, regresaré, eso sí, con mi experiencia europea. La maleta la llevo repleta de jamón serrano envasado al vacío, tabaco, quesos curados y una botella de aceite que mi madre introdujo a última hora, cerciorándose de que su niña no pasase hambre (pero a donde creará qué voy, aquí habrá Mc Donalds, como en todas partes, digo yo).

Busco la dirección del hotel que llevo anotada en un trozo de papel y llamo a un taxi. Aún me quedan algunos días antes de comenzar el trabajo en el hospital y aprovecharé para buscar un apartamento chulo, no muy lejos del centro, y conocer un poco la ciudad. Busqué en Google y me pareció que no estaba mal. Eso sí, me sorprende el frío que hace, al fin y al cabo, estamos en junio, en Madrid ya casi han abierto las piscinas.

Aprovecho el trayecto en taxi para escribir un rápido SMS a David, que es mi... bueno, ya no sé cómo llamarle. Comenzamos algo hace unos meses, hemos estado muy a gusto juntos desde entonces y mi ilusión por él ha ido haciéndose más grande semana tras semana, pero cuando me llamaron del hospital frankfurtés no podía dar una negativa por respuesta; al fin y al cabo, es mi futuro, mi carrera laboral y, si no me voy ahora que soy joven, ya me dirás cuándo lo voy a hacer. Aunque claro, al día de hoy, lamento que él no se encuentre aquí conmigo y sé que le voy a echar de menos, sobre todo durante las primeras semanas, aunque hablaré todos los días con él por Facebook y Skype, así que será como si no me hubiese ido.

Calle Leipziger, Frankfurt. 19 de agosto de 2010

Voy corriendo porque, como siempre, se me ha echado el tiempo encima. He quedado con dos amigas alemanas para ir al cine, aprovechando que tengo el día libre. La semana pasada estuve de vacaciones en Madrid y me perdí uno de los eventos del verano, la fiesta en el jardín que celebró Frida, otra enfermera más o menos de mi edad. Por lo visto, tienen muchas novedades que contarme, y yo a ellas, pues volví a ver a David, tras haber pactado dar por imposible nuestra relación a distancia hace ya nueve meses, y no había vuelto a coincidir con él. Por lo visto, conoció otra chica, con la que le va muy bien, y ya están pensando en comprarse un piso- pues sí que se ha dado prisa éste- pero bueno, felicidades para él, aunque, si pienso en ello, me siento algo triste, la verdad sea dicha.

Últimamente, estoy que no paro. Entre el trabajo, donde a veces debo quedarme un rato más, los cursos de alemán y las clases de piano a las que recientemente me he apuntado, no es mucho el tiempo libre del que dispongo, pero siempre se puede sacar media hora para ver a Frida y a Gretchen, tomar una taza de café en el Starbucks y ponernos al día de nuestras cosas: los chicos, la ropa, las novedades de la cartelera; además de criticar a la enfermera jefe, comentar lo quejicas que son algunos pacientes y planear algo interesante para el fin de semana.

Estación de central de trenes de Frankfurt. 1 de febrero de 2011

Aprovecho para llamar a mi madre mientras corro hacia la estación. El panel anuncia ocho minutos hasta la llegada del tren, perfecto, con la prisa que llevo. Es muy temprano y el frío me atraviesa la camiseta, el jersey y el mullido abrigo de lana. Mis manos están tan heladas que me cuesta trabajo acertar a pulsar las teclas. Mientras dialogo con mamá, un hombre mayor de aspecto ebrio, al escucharme hablar castellano, exclama:

- Esspañol. Rreal Madrid, Barrcelona. ¡Una cerveza, porrr favor!

Es curioso cómo algunas personas sólo conocen España por el fútbol y la cerveza.

- Sangrrría, paella...

Bueno, sí, por eso también. El hombre ha acabado con su retahíla de expresiones en español y por fin me ha dejado en paz. Apuro un cigarrillo, mientras espero que el tren venga lo antes posible, porque, a pesar de que no he parado de dar saltitos, me estoy congelando. Miro entonces en dirección al cielo, la voz de mamá sonaba un poco cansada, como si hubiera envejecido de repente. La verdad es que me gustaría estar ahora allí con ella. Bueno, y con Irene, Helena, Noelia... bebiendo una cerveza- con su tapita correspondiente, como debe de ser- e ir a ver a jugar a los chicos al fútbol los domingos. Aquí son más cerrados, más distantes, aunque también tienen sus cosas positivas, estos alemanes. Pero España tiene esa esencia particular, algo que no sé explicar. Claro que mientras sigan renovándose el contrato permaneceré aquí, yendo únicamente en vacaciones. Aunque reconoceré que, un poquito, sí lo echo un menos. Bueno, bastante.

Itziar Matamoros García

NADIE

(1º PREMIO DE RELATO CORTO “MARRAMBLAS Y FARRAGUAS”)

El cadáver descansa boca arriba, entre bolsas de basura y hedor a cloacas atascadas. Sus piernas bucean en un torrente gris de polvo y miseria acumulada, agua sucia que corre por el asfalto buscando el abrigo de las alcantarillas. Algún perro sarnoso ha lamido la sangre que sigue brotando desde su vientre taladrado por las cuchilladas. Sobre su piel oscura, recientes laceraciones atraviesan los muslos desnudos, el pecho apenas descubierto con lencería transparente, el rostro rígido, aterrado.

La noche se ha cerrado con aburrimiento sobre la ciudad. Las farolas lloran lágrimas anaranjadas en un silencio opresivo, roto por los agudos lamentos de dos compañeras de piso y profesión que, derrumbadas contra un contenedor, sollozan en un idioma ininteligible. Nada más. A nadie importa el final de aquella muchacha de belleza exótica. Sólo existe el viento que aflora a las esquinas, la llovizna inundando esperanzas y futuros, y el tétrico reflejo azulado dibujado por las luces, ahora sí, ahora no, en las paredes calladas.

El oficial permanece unos segundos inclinado sobre el cuerpo, estudiando las heridas con gesto fatigado. Despacio, sin ser del todo consciente de la inutilidad del gesto, desliza una mano enguantada sobre el rostro, limpia en una caricia las gotas que resbalan por sus mejillas infantiles. Hastiado, otea el firmamento en busca de una respuesta, de una razón. Pero, tras la impenetrable muralla de nubes comprimidas, sólo hay desgana, indiferencia. Niega con la cabeza. Puta. Y negra. Fría, rígida, quebradiza bajo el palpitar de sus dedos, la mujer asesinada ocupa el último, el más bajo escalafón en que una sociedad injusta divide a sus integrantes. Mañana, redactará un informe preliminar cuyo destino ha de ser el fondo inescrutable de cualquier cajón, sepultado por asuntos más urgentes como el robo de un teléfono móvil, confiscar cannabis de alguna maceta, o vigilar bares magrebíes inventando cualquier excusa para iniciar un registro.

Hablar con las mueres es como perseguir a dos polluelos temblorosos que corretean alocados sin lugar donde esconderse. El frío, la ira o la frustración sacuden sus cuerpos de ébano, diluyen las palabras irreconocibles según afloran a sus labios. Empapadas de lluvia y llanto, sólo atinan gritar su dolor a un viento insensible, quejidos desgarrados que flotan en el vacío. Señalan un piso, una ventana iluminada frente a sus ojos anegados. El agente comprende, asiente y evitando el bulto de un borracho, penetra al edificio.

Las escaleras crujen molestas bajo sus botas. Cada peldaño del caracol de dudosa grandeza centenaria chirría su edad y su abandono al paso tranquilo del policía. La mugre lo invade todo, cuelga de las paredes que destilan manchas de condensación, se adhiere viscosa al pasamanos, a los picaportes de burda imitación. No hay ruido de personas. Ni carreras, ni preguntas, ni ventanas abiertas al drama acaecido bajo sus viviendas. La gente descansa, o vela, en el más absoluto silencio, abrazada a su miedo, prudencia o indiferencia. Pero la peuerta del cuarto piso está entreabierta. A través de sus goznes se filtra la luz macilenta de una bombilla. Entra sin llamar.

El interior es puro desorden, caos de ropas diseminadas por el suelo, alimentos regados sobre una mesa herrumbrosa, promiscuidad de perfumes baratos, tabaco y olores fecales flotando en un aire espeso. En el rincón más apartado, tres colchones raídos acumulan suciedad sobre la tarima gastada. Junto a ellos, una especie de Goliat esparce los exiguos objetos de una caja de cartón.

Allí viven. Allí descansan, allí sueñan y planean futuros inexistentes, evadidas de la realidad paupérrima de sus patrias, sumergidas en otra más vejatoria, más siniestra. Y de allí han salido esta noche, triste como la soledad, para encontrar la muerte en las calles. Sin perder detalle de los contornos, de las formas y las sombras que le rodean, avanza cauteloso hasta tocar la espalda del gigante.

- Ahí fuera hay una mujer muerta- espeta ante la indiferencia del otro que, sin intención aparente de encarar a un interlocutor, continúa desgranando entre sus dedos los recuerdos, los anhelos amontonados en el fondo de la caja. Por fin, se encoje de hombros y, tras un vistazo despectivo al uniforme, se decide a responder. Sus palabras son susurros, gruñidos vomitados con desgana. Los dientes rechinan en cada frase y un eco extraño las devuelve barnizadas en rencor.

- ¿Una mujer? ¿Cómo se llama? ¿Ha encontrad su cadáver? Yo no veo a nadie.- se incorpora y, envuelto la altanería del intocable, camina hasta el balcón. Una brisa teñida de invierno se filtra en la habitación, remueve los papeles y los olores, reviste la miseria de humedad. Allí acodado, contempla la calle con ojos soñolientos. - Yo sólo veo a una puta en la basura. Una puta negra. ¿De verdad le importa una mierda? ¿No hay bastantes terroristas en el mundo, bastantes, chorizos, para que venga a incordiar por lo que le pasa a una puta sin nombre? ¿Qué va a contar a sus jefes cuando le pregunten quién ha muerto? Nadie. Ahí abajo, no hay nadie. Y usted lo sabe.

Las cortinas se alzan un instante para regresar a su sitio con macabra suavidad. En algún lugar, un trueno rompe la tensión acumulada. Gruesas gotas de lluvia chocan contra los cristales. Bajo su tableteo líquido, comienza a tomar forma el ulular monótono de la ambulancia. El agente calcula que tardarán un par de minutos en llegar. Calcula que el individuo que sigue allí apoyado debe medir metro noventa y pesar más de cien kilos. Calcula que, con un poco de ayuda, aquella barandilla de madera apolillada podría ceder a tanto peso.

Javier Díez Carmona